



**BRUJA
LUNA
REY
ARAÑA
MARLON
JAMES**

Seix Barral



MARLON JAMES

BRUJA
LUNA,
REY
ARAÑA

Traducción del inglés por Javier Calvo

SEIX BARRAL BIBLIOTECA FORMENTOR

Título original: *Moon Witch, Spider King*

© Marlon James, 2022

© por la traducción, Javier Calvo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Mapas de Marlon James

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-322-4268-7

Depósito legal: B. 18.286-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE



25 *Los personajes que aparecen en esta historia*

31 1. Mujer sin nombre

367 2. Una chica es un animal de presa

505 3. Bruja Luna

675 4. El lobo y el ave centella

823 5. No oriki

863 *Agradecimientos*

UNO

Estaba yo una noche en la selva de los sueños. No era un sueño, sino un recuerdo lo que me asaltó en pleno letargo para usurparlo. Y en el recuerdo que soñé hay una niña. Veo a la niña. La niña que vive en el viejo termitero. Sus tres hermanos, que viven en una choza grande, dicen que el termitero parece el corazón podrido de un gigante puesto del revés, pero ella no entiende qué significa nada de todo eso. La niña tiene los labios fruncidos en una mueca dentro del vientre vacío del termitero, cuyas paredes son de barro rojo y ásperas al tacto. No hay ventanas, a menos que llames ventana a un agujero, en cuyo caso hay muchas ventanas, que se abren por todos lados y hacen que la luz le surque el cuerpo a la niña, hacia arriba, hacia abajo y en sentido transversal, provocando que el calor se cuele a hurtadillas y se quede, y que el viento se arremoline por el interior vacío. Ya hace tiempo que las termitas abandonaron el termitero. Es un sitio donde nadie metería a un perro, pero ahí es donde la tienen a ella.

Las piernas se le alargan, pero todavía son dos palos; la cabeza se le agranda, pero su pecho sigue igual de plano que la tierra; puede que esté en esa edad en que el cuerpo cambia, pero nadie se molesta en contar los años que tiene. Aun así, todos los veranos se lo recuerdan, se lo recuerdan con rabia y

dolor, sus hermanos. Así es como rememoran su nacimiento. Cuando llega esa época del año, sienten que se cierne sobre ellos una nube de malicia, y que es culpa de ella. Así pues, ella frunce los labios, porque es un gesto de determinación, igual que cerrar los puños y apretarlos. La determinación se asienta en su cara para reflejar lo que le pasa por la cabeza. Ya está. Decidido. Va a huir, va a salir gateando de este hoyo, va a echar a correr y no va a parar. Y si se le caen los dedos de los pies, correrá sobre los talones, y si se le caen los talones, correrá sobre las rodillas, y si se le caen las rodillas, se arrastrará. Como un bebé que vuelve con su madre, por así decirlo. Con su madre muerta, que no vivió lo bastante para ponerle nombre.

Gracias a la poca luz que entra y sale por los agujeros, puede contar los días. Gracias al olor a mierda de vaca, sabe que su hermano está arando los campos para sembrar otra vez, lo cual solo puede significar que es Arb o Gidada, el día noveno o décimo de la luna de Camsa. Si echa un vistazo, puede ver la hoja de gran tamaño sobre la que anoche echaron un cucharón de gachas, la comida que le dan solo un par de veces cada cuarto de luna. Y eso cuando se acuerdan. La mayor parte del tiempo simplemente le dejan pasar hambre, y si por fin se acuerdan, de madrugada, dicen que ya se ha hecho tarde, y que mejor la alimente algún espíritu en sueños.

Veo a la niña. Veo cómo escucha. Es gracias a que sus hermanos hablan a gritos de cuándo hay que plantar mijo, y de cuándo hay que dejar descansar la tierra, que distingue el paso de las estaciones. El resto se lo dicen los días de lluvia y los días de sequía. Por lo demás, se limitan a sacarla del termitero con una cuerda atada a la argolla que lleva alrededor del cuello, atarla a una rama y arrastrarla por el campo, gritándole que quite con las manos la mierda de vaca, de cabra, de cerdo y de ciervo. Que cave en la tierra con las manos y mezcle la mierda bien adentro para que pueda crecer su comida, que no se me-

rece. La niña nació con la penitencia sobre los hombros. Y para sus tres hermanos, nunca terminará de expiarla.

Miro a los chicos, a los hermanos de la niña. Los dos mayores se ríen de los chillidos del pequeño. Van tal y como nacieron, sin más ropa que unos protectores de paja amarillos, rojos y azules en los codos y las espinillas, y unos diminutos escudos de paja sobre los nudillos. Los dos mayores llevan en las cabezas unos cascos que parecen jaulas de paja. Cascos amarillos y verdes. La niña sale a rastras de su horno para mirarlos. El hermano mayor hace girar un palo tan alto como una casa. Lo voltea y lo revolea y salta como si estuviera bailando. Pero luego se da la vuelta, pega un salto y da un golpe con el palo directo al cuello del hermano mediano. El hermano mediano chilla.

—¡Hijoputa!

—Somos de la misma madre —dice el hermano mayor, y se ríe. Se da la vuelta un solo instante, pero no lo bastante deprisa. Un palo le abrasa el hombro izquierdo. Se gira en redondo, riendo, aunque el golpe le ha hecho sangre. Ahora sí que no piensa cortarse. Agarra su palo con las dos manos como si fuera un hacha y echa a correr detrás de su hermano, arreándole un golpe tras otro. El hermano mediano consigue devolverle dos golpes, pero el mayor es demasiado rápido. Envite, envite, porrazo, porrazo, porrazo. Trallazo al pecho, trallazo al brazo izquierdo, trallazo al labio inferior, que le revienta.

—Solo estaba jugando, hermano —dice el hermano mediano, y escupe sangre.

El hermano pequeño intenta ajustarse el enorme casco en la cabecita, pero no lo consigue.

—Os puedo ganar a los dos —dice.

—Mira a este mequetrefe. ¿Sabes por qué vamos a la donga, chaval? —pregunta el mayor.

—No soy tonto. Vais para ganar la lucha de palos. Para matar al idiota que os desafíe.

Los dos hermanos se quedan mirando al pequeño como si acabara de aparecer entre ellos un desconocido.

—Eres demasiado pequeño, hermano.

—¡Quiero jugar!

El hermano mayor se gira para mirarlo.

—No sabes nada de la donga. ¿Sabes para qué sirve este palo?

—¿Eres sordo o qué? Te lo he dicho, ¡para pelear y para matar!

—No, capullín. Este es el primer palo. Cuando ganas, te dejan usar el segundo palo. Pregúntale a cualquier niña mona que venga a ver los combates.

Sonríe al hermano mediano, que le devuelve la sonrisa. El pequeño está confundido.

—Pero vosotros solo usáis un palo para pelear, no dos.

—Ya te lo he dicho. Eres demasiado pequeño.

El hermano mediano le señala la polla al pequeño.

—Ja, el palo del mequetrefe es una ramita de nada.

Los dos hermanos se ríen durante el rato suficiente como para que al pequeño le suba la rabia a la cara, no porque todavía no lo entienda, sino porque ya lo entiende. La niña los mira. Ve que el hermano pequeño agarra el palo, coge impulso con los brazos y pega bien fuerte en toda la espalda al mediano. Este último grita y el mayor se gira de golpe y arrea al pequeño en la frente; vuelve a golpear y lo alcanza detrás de las rodillas. El pequeño cae y el mayor le cubre el cuerpo entero de golpes. El pequeño chilla y el mediano agarra al mayor del brazo. Se alejan los dos, dejando al pequeño berreando en el suelo. Pero en cuanto ve que nadie lo mira, deja de llorar y echa a correr detrás de ellos. La niña se aleja gateando de la choza y coge un palo que han dejado detrás. Es más duro y fuerte de lo que esperaba, y también más largo. Como tres veces su altura. Coge impulso con los brazos, azota el suelo y levanta una nube de polvo.

Esperamos a que nuestra madre gritara cuatro veces, eso hicimos, le dice el mayor. Se ha ido el día pero todavía no ha llegado la noche, y el hermano mayor le da dos tirones a la cadena para hacerla salir, aunque la mayoría de las veces tira de ella sin avisarla y, cuando la saca, la niña ya está medio estrangulada. El vino de palma le ha subido a la cabeza, lo cual quiere decir que va a dedicarse a hablar sin que haya nadie para escucharlo. Le da un tirón a la cadena como si estuviera tirando de un burro testarudo, pero son los únicos momentos en que le permite estar cerca de la casa. Y cuando llega allí, la niña se encuentra con un recuerdo vago: su padre cogiéndola en brazos y sonriendo, pero la sonrisa se le tuerce enseguida y los brazos le fallan, y hay un instante en que ella flota en el aire antes de caer al suelo. Esperamos a que nuestra madre gritara cuatro veces, dice el hermano, porque cuatro veces significa niño y tres, niña. Pero nuestra madre no gritó.

El hermano mayor está contando la historia, pero el vino de palma provoca que la cuente sin forma. ¿Ves a mi padre? ¿Ves su orgullo cuando la panza de mi madre empieza a empujar hacia delante como si la estuviera guiando? Tres hijos que pronto serán cuatro, y si es una hija entonces la podrá casar bien si se hace rico, o venderla si se queda pobre. Tus hermanos ven a tu padre contar los días que faltan para que nazca el bebé, porque su mujer se ha ido a parir a la casa de su madre. Todos esperamos oír la noticia de que ha sido niño, pero tu hermano pequeño el que más, porque por fin podrá ser hermano mayor de alguien y hacer las cosas que hacen los hermanos mayores. Tu padre espera noticias, pero también descansa, porque por fin ha escuchado lo que le dice su mujer: Marido, esta casa es demasiado pequeña. Y él la hace más grande, tira la pared que da al granero y la ensancha para los dos hijos mayores y luego construye otra habitación para el hijo pequeño y el otro que está de camino, y otra habitación para que la madre haga su costura, porque no hay mujer más magnífica que ella.

Y otra para la abuela, a quien él odia, pero aun así no puede permitir que viva sola. Esperamos a que la madre grite cuatro veces. Pero los cuatro gritos no vienen, ni tampoco tres. Cuando llegamos a su choza, la abuela nos dice: El bebé ha salido con los pies por delante y el cordón umbilical en torno al cuello. Mi hija ha sangrado y sangrado hasta que no le ha quedado sangre, luego se le han puesto los ojos blancos y se ha muerto. *Ko oroji adekwu ebila afingwi*, dice la abuela, pero todavía no era su hora de descansar. Pequeña diabla, asesina de madres, eres como esa mancha que ciega el ojo entero.

¡Mira qué maldiciones has traído a esta casa! Mi padre se puso a llorar una mañana, a balar la siguiente y después a recriminarles a gritos cada noche sus diversiones malignas a los antepasados. Hablamos con el sacerdote, dijo. Nos pusimos el amuleto, invocamos a los dioses del trueno y de los viajes venturosos, no comimos grasa ni alubias ni carne de animales cazados con flechas; así pues, ¿por qué nos mandan los dioses tribulaciones? Ella era feliz con su panza, era feliz con su marido, y no yacimos juntos durante seis lunas; así pues, ¿por qué nos mandan los dioses tribulaciones? ¿Por qué, si dejamos nuestras libaciones y alabamos a la diosa de los ríos que controla las aguas del útero? Nadie lo tachó de loco hasta que un día lo vimos retorcido cabeza abajo, con las rodillas más allá del pecho y meándose en la boca. Después de eso, ya lo tachamos de loco. El tercer día después del nacimiento es la ceremonia de poner nombre, pero no acudió nadie. Nadie se atrevió a ponerte nombre porque eres una maldición y lo único peor que parir una maldición es ponerle nombre, porque cada vez que pronuncias ese nombre estás invocando más penas. Por eso no tienes nombre. Y tampoco nadie te escupió pimienta de cocodrilo en la boca para salvarte de convertirte en una mujer sin honra, pequeña, ni tampoco te hizo nadie un collar de hierro para protegerte del mundo de los espíritus.

Una nueva noche. La niña siente el tirón de la cadena del

cuello, que se hace más fuerte y por fin tan poderoso que la saca del termitero, un tirón tan feroz que la cría sale reventando la pequeña entrada y dejando un agujero más grande. Así sale despedida, a través del barro y de la tierra y de la mierda de pollo, y a punto está la cadena de romperle el cuello, hasta que consigue agarrarla, y entonces ve que se está acercando más y más a la casa. Se da la vuelta y observa que no hay nadie tirando de ella, pero sí oye algo que se desliza por el suelo. Una pitón gigante amarilla y blanca que se ha enganchado la cola con la cadena mientras se acercaba a la casa, sin saber que está arrastrando también a la niña. La niña tiene miedo de lo que va a hacer la pitón cuando llegue a la casa donde duermen sus hermanos. Pero no le viene ningún grito a los labios, ni un chillido, ni un lamento.

Pero luego a la pitón se le suelta la cadena de la cola. No, no es que se suelte, porque la niña puede ver en la oscuridad. Lo que pasa es que la cola está encogiendo y encogiendo, como si la serpiente se estuviera sorbiendo a sí misma. La cola se encoge al mismo tiempo que la serpiente se ensancha, se dilata, como un capullo, porque tiene muchos bultos moviéndose y murmurándole debajo de la piel. Los bultos amarillos y blancos se retuercen y se estiran y giran y se revuelcan, hasta que un par de manos revientan la piel y abren en canal el cuerpo entero. La piel se retira y emerge una mujer desnuda. La mujer no mira atrás para nada; se limita a echar a andar hacia la casa y doblar la esquina. La niña la sigue a varios pasos de distancia, hasta la parte de detrás de la casa, y ve cómo la mujer-pitón se mete por la ventana del hermano mediano. Se sienta en el suelo de tierra a oscuras, escuchando el silencio, hasta que de la habitación de su hermano sale un grito masculino. Y el grito arrecia y arrecia, lo suficiente como para hacer que la niña se ponga en pie de un salto y corra hasta la ventana, que es demasiado alta para ella, de forma que busca en la oscuridad algo a lo que subirse y solo encuentra un taburete con una pata rota.

Una lámpara de aceite ilumina tenuemente la habitación. Su hermano yace en el suelo y, subida encima de su hermano, está la mujer-pitón. La ve botar y botar, como si tratara de coger algo, y al hermano retorcerse y sacudirse como si algo le estuviera pegando una paliza. Luego el chaval le pide a gritos a la mujer que lo remate, que ya está muerto, y su cuerpo entero se desploma en el suelo. Por fin rompe a llorar y durante todo ese tiempo la mujer-pitón no dice nada. A esta casa no viene nadie más que esta puta bruja, dice el hermano. No soy ni puta ni bruja, dice ella; lo que pasa es que tenéis una maldición. Tú y tus hermanos y el loco de tu padre y tu madre muerta. Una maldición tan grande que solo se os acercan las putas.

—Tenéis que matar a la niña —dice la mujer-pitón.

—Ya hemos intentado matarla, pero vuelve —dice el hermano. Y la niña está a punto de caerse del taburete.

»Cuatro días después de que volviera loco a mi padre, y de que mandara a mi madre al otro mundo, mis hermanos y yo nos la llevamos y la dejamos en mitad de la selva. Pero ¿te puedes creer que la niña maldita encontró el camino de vuelta? Y ni siquiera sabía gatear todavía. La gente de la aldea dice que las yumbós, las hadas de la hierba, le dieron de comer néctar y frutos secos machacados. Pequeña hechicera, la llamaron. Por culpa de ella nos desterraron de la aldea. Nos echan la culpa cuando no llueve o cuando las cosechas son pequeñas. Escuchad, le digo a la gente, venid a lleváros-la si la queréis. Me da igual lo que hagáis con ella, pero no viene nadie. Los tres nos criamos con la comida que nos dejaba la gente hasta que pudimos cultivar la nuestra. Ella es la razón de que nos desterraran. Ella es la razón de que yo no vaya a tener más esposa que tú.

—No soy tu esposa —dice la mujer-pitón.

Pasan muchas lunas y se llevan los años consigo. La niña ya es mayor; tiene una maraña de pelo apelmazado que le cuelga

obligándola a arrancarse los mechones y una voz que a veces engaña a los muchachos y los hace creer que oyen a su madre. Ha aprendido las costumbres de la gente mayor, porque no le pasa por alto nada de lo que oye. Más de una vez y más de dos, el hermano pequeño va a abofetearla, pero ella le agarra la mano y le devuelve la bofetada. Nadie le ha enseñado ninguna canción, de forma que se inventa las suyas, y empieza a ver un cielo más allá del final de su soga. Aun así, sigue viviendo en el termitero, sigue arando tierra y mierda de cabra con las manos, sigue recibiendo palos por pura diversión y el hermano pequeño la sigue tirando al suelo a patadas, pisándole la espalda y hundiéndola en el barro. Porque, si ibas a matar a nuestra madre, por lo menos deberías haber nacido niño, le dice. Ella siente que ha vivido muchas lunas y veranos, pero los hermanos siguen viviendo en el día en que ella nació, el día en que murió su madre.

Siempre que los dos hermanos mayores viajan al este, porque dicen que en su aldea no hay mujer que los quiera, el pequeño va a por ella. Su cara le dice a la niña que lleva el día entero pensando maldades. Mis hermanos mayores tienen la suerte de que los dos pasaron por la ceremonia antes de que muriera nuestra madre. Tienen la suerte de que se hicieron hombres los dos. Pero mira mi suerte. No hay patriarca que me quiera circuncidar y hacerme hombre, porque estamos malditos. Después de pisotearla contra el suelo a diario durante ocho días seguidos, el noveno la pisotea contra los espinos.

La niña sabe por qué la odian, porque todas las noches se lo dicen. Pequeña diabla, asesina de madres, ¿cuándo dejará nuestra madre de llorar?, le preguntan. ¿Cuándo dejará de llorar en el otro mundo por culpa de la diabla que le arrasó el koo a sangre y fuego y la mató? La niña intenta oír el llanto de su madre desde la tierra de los muertos, pero no oye nada. Así pues, tampoco dice nada. Calla mientras la apalean por pedir más comida y menos podrida. Calla cuando le dicen: No nos

obligues a ir al otro mundo para suplicarle a su rey que te lleve a ti y nos devuelva a nuestra madre. Calla, porque ahora sabe que ya lo han intentado. Eso le dijo la otra noche el hermano mediano a la mujer-pitón.

Tres hermanos y los tres malvados. El mayor la azota, dejándole marcas en la cara. El mediano la mata de hambre y le dice que, si se cree mujer, se cocine su propia comida. Y el pequeño es el peor, porque nadie le ha practicado la circuncisión ceremonial que había de convertirlo en hombre y le echa la culpa a ella. Te voy a matar antes de que te hagas mujer, le dice. Y le dice esto también: Voy a coger un cuchillo y te voy a cortar yo mismo la cabeza del koo, porque no va a haber mujer que se atreva a tocarte. Mientras la sigas teniendo en la raja, no serás ni chico ni chica. Serás un monstruo.

La niña interpreta esto de forma distinta cada vez que se lo dicen. La primera vez que la llamaron monstruo se rascó hasta que le sangró la piel, furiosa por no poder encontrar escamas que arrancarse. Se mordió las uñas para que no le crecieran en forma de zarpas. Cuando nota un picor entre los ojos, piensa que le va a salir un tercero. O que le va a brotar pelo por todo el cuerpo como si fuera el tokoloshe, ese demonio negro y peludo que el hermano mayor le dice que la va a atacar mientras duerme. Un día asomó la cabeza al exterior del termitero y vio a una mujer que pasaba junto a la choza y se reía de sus hermanos, porque les iba tan mal que alguien debía de haberle echado una maldición a su maldición. Quizá sea un monstruo. Una pequeña diabla. Una asesina de madres. Una niña que, como dice la mujer-pitón, creció sin conocer leche materna. No es de extrañar que no le crezcan las tetitas. Su hermano dice que las plantas dan la cosecha de lo que lleva su nombre, de manera que, si a ella le dicen que es un monstruo, entonces en monstruo se ha de convertir. Y cuando pasan los años y ve la despreocupación con que la gente usa esa palabra, la niña empieza a pensar que, si no es un monstruo, entonces debe de ser una

maldición que ha parido su madre. Ni siquiera es guapa, dice el hermano mediano. La niña se pasa las manos por la piel, palpando cada hueso protuberante, de entre los cuales los más grandes y peores son los de las caderas, y la fealdad se traslada de lo que teme a lo que conoce.

Pero sus hermanos también mienten. Mira a los chavales y ve que el hermano mediano roba un collar que el mayor ganó en la donga y luego le susurra que es el pequeño quien lo ha robado. Después, dos noches más tarde, una pitón gigante se aleja reptando con un collar de latón en torno al cuello. Y el hermano mayor le arrea una tunda de golpes al pequeño, y el pequeño se desquita arreando a la niña, pero no acaba ahí la cosa. El hermano pequeño echa veneno en el arroyo al que va a beber siempre la mujer-pitón, y la mujer se pone tan enferma que por debajo del aliento del viento llega el mensajero de la muerte. El hermano mediano grita: ¿Quién es esta pobre desconocida enferma, porque no le puede contar a nadie, ni siquiera a sus hermanos, que cada noche hace algo prohibido, y que rompe los huevos que a veces pone la mujer entre las hierbas altas del lecho del río. Y el mayor, siempre que está bajo los efectos del vino de palma, se pone a hablar de los hombres a los que ha asesinado y de las mujeres a las que ha violado, y de los hombres a los que ha violado y las mujeres a las que ha asesinado. Pasan las lunas y los años antes de que la niña se dé cuenta de que no se puede considerar verdad nada que salga de las bocas de esos hermanos suyos, por mucho que digan que el agua está mojada y el fuego caliente.

Así pues, ya está. Decidido. Lo decidió hace diez y dos lunas. Lleva una argolla en torno al cuello y una cuerda atada a esa argolla. La cuerda es lo bastante larga como para permitirle salir de la choza, cruzar el patio, llegar a la cerca y dejar atrás la hierba, los puercos, los pollos y todos los demás animales que viven en el corral. Así pues, desde hace diez y dos lunas, cada día al amanecer se pone a mordisquear la soga a poca distancia

del cuello, el extremo que nadie ve porque nadie quiere verla a ella de cerca. Trabaja muy poco a poco, a veces dándole un solo mordisco, y entre las dentelladas y la saliva, va royendo la cuerda. Luego finge que todavía sigue atada, haciendo un nudo flojo y poniendo caras de dolor como si estuvieran tirando de ella demasiado fuerte. Pero se acerca la temporada de plantar, y muy pronto los hermanos saldrán gritándole: Pequeñaja, guarrilla, es hora de arar. Pero no. Es hora de escaparse.

El día elegido se oscurece y el sol se pone negro en el cielo. Negro como la noche. Sigue llevando la argolla en el cuello. Pero sale del termitero y se enrolla la cuerda en torno a la cintura hasta que parece que la esté matando una serpiente constrictora. La poca luz que hay la engaña y le hace pensar que el sol se ha ido, pero no; sigue en lo alto del cielo, apenas ha pasado el mediodía y el sol es un aro ardiente en torno a un centro negro. Ella se lo queda mirando demasiado rato, y cuando trata de echar a correr, la luz la ha cegado. Resplandece el aire y resplandece el suelo. Todo brilla y arde con llamas blancas. Los pollos chillan sobresaltados cuando los aparta a patadas, y cuando por fin echa a correr hacia el portón, se choca con un pecho.

—Uy, esto no pinta bien, mierdecilla.

Es el hermano pequeño.

—¿Adónde te crees que vas? —le pregunta.

Primero él piensa que ha salido a retozar con los puercos, las únicas bestias más sucias que ella, pero luego ve que tiene la soga enrollada en la cintura. Serás mierdecilla, dice, y la agarra del pelo. El dolor la hace gritar, pero se niega a llorar. Chilla y patalea y él le devuelve los gritos. Sí, aúlla y corcovea como un animal, y el hermano busca el cabo de la cuerda para ponerla a dar vueltas como una peonza. Pero entonces ella le arrea una patada en la espinilla, un buen patadón, y él la suelta. El hermano le clava una mirada asesina, sin decir nada. Suelta el alfanje y se saca la correa de cuero del sarong para azotarla. Tiene

una sonrisa tan de oreja a oreja que prácticamente le parte la cara por la mitad. La niña agarra uno de los objetos que lleva encima y cuando él se le abalanza como un guepardo, se lo aplasta en toda la cara; es una pequeña vejiga de cabra llena de meados de hace muchas lunas, mezclados con polvo de piedras trituradas para que se arañe los ojos cuando se los restriegue. El hermano chilla, con los ojos cerrados de tan inflados que los tiene. Me has dejado ciego, vocifera, y los meados que le quedan la boca le hacen toser. Ella intenta echar a correr otra vez, pero, en pleno forcejeo, el hermano agarra la cuerda y tira. Y tira y tira, y ella siente que la cuerda se desenrolla pero al mismo tiempo la arrastra hacia él, y nada detiene esto, ni siquiera hundir los talones en la tierra, el barro, la mierda de pollo y la de cerdo. Mierdecilla, le grita él, te voy a hacer lo que te hago siempre y después te voy a matar. No busques a mis hermanos, no están aquí para detenerme. Y entonces pasa. El miedo desaparece. Los hermanos no vendrían a salvarla, sino a detenerlo a él. Como si alguien te viera a punto de poner el pie en un espino y avisara al espino. La niña le deja que tire y después agarra el alfanje. Ya estás cerca, lo noto, grita él, y realmente ella está cerca. La cuerda le tira de la cintura, la arrastra, le aprieta, pero la niña deja que todo eso pase y ahora el hermano le huele la mierda de cerdo que lleva encima. Ella pone toda su fuerza en golpear con el alfanje.

—¡Me has cortado la mano! ¡Zorra! ¡Zorra!

El hermano pequeño rebuzna y chilla y maldice y busca su mano. Y por fin la niña echa a correr. Con la cuerda danzándole detrás y la mano de su hermano todavía agarrándola.

Y luego hay más sol cociéndole la piel y cegándola, y un camino lo bastante ancho como para que pasen dos carros, y los pies se le entumecen de tanto correr. Corre de choza en choza, de sendero en sendero, de matorral en matorral y de árbol en árbol, hasta que por fin llega a un bosque que la pueda ocultar de sus hermanos, porque seguramente la van a estar

buscando, y pidiendo a otros que la busquen también. Cuatro días desde que estuvo bajo un techo, más todavía sin comida, y una luna para que llegue el otoño. La niña siente el letargo, aunque no está soñando, y estando despierta se mueve, aunque tiene las piernas quietas. Tenías la cuerda tan prieta que te estaba asfixiando como una serpiente, le dice la voz ronca de una mujer, inclinada sobre ella. ¿Dónde está tu madre?, le pregunta, y la niña experimenta una sacudida tras otra, como si el aire la hubiera despertado a bofetones. Un día más y la despiertan los brincos que da el carro. La mujer le pregunta: ¿Adónde ibas, niña? Pero la niña no contesta. Da igual, dice la mujer. Están yendo a Kongor.

Veo a la niña. La mujer del carro vive en una casa situada en una calle donde todo es azul. Una casa con dos plantas y dos escaleras de mano, y también con diez mujeres. Mujeres con koo que embruja, las llaman los hombres. La mujer del carro, que se hace llamar señorita Azora, las llama putas, porque nunca ha sido dada a esconder las cosas con palabras bonitas. ¿Por qué traes otra chica?, le pregunta una de las mujeres, que desde que llegó la niña hace siete días no se ha puesto ropa ni una vez. Negocio estable, pero lento, dice la señorita Azora, quien la mira como si se preguntara por qué ha recogido una carga extra.

—Pronto nos hará falta llenar una plaza.

—No sé trabajar la arcilla —dice la niña.

Las otras chicas se ríen, pero la señorita Azora articula algo en silencio, como si estuviera contando.

Los años se apelotonan cuando ella cuenta los días con la señorita Azora, pero a veces le gustaría que frenaran un poco. Los años se apelotonan y le ponen curvas en los costados y carne en el trasero. Los años le quiebran la voz y se la suavizan otra vez, y a veces no se conoce a sí misma. Los años hacen que los

mismos ojos vean la misma cosa pero la interpreten de formas nuevas. Que interpreten a los hombres de formas nuevas. Que interpreten a la señorita Azora de formas nuevas. No, que la interpreten como lo que ha sido siempre, y que revelen la utilidad que siempre les ha visto a las chicas. Somos mujeres que viven juntas, pero no nos llames hermanas, le dice una de ellas. El primer año se marchan dos mujeres y al año siguiente regresa una de ellas. Mueren en la casa tres hombres, uno de ellos mientras estaba dentro de Dinti. A dos de esos hombres los vienen a buscar otros hombres, pero el tercero era un viajero y tienen que pagar a un mercader para que lo quemé. La niña a la que la señorita Azora trajo a su casa no tiene nombre, pero como era la única niña entre mujeres, la llamaron Niña. Niña es a quien mandan al carnicero a por tripas y pies de cerdo, porque el carnicero siente lástima de ella y le da más. Niña depende de la amabilidad de ciertas mujeres y se mantiene lejos de la maldad de otras. Niña se esconde cuando alguna mujer le dice que se esconda y no salga, porque a veces vienen ciertos hombres con ciertos deseos, y aunque la señorita Azora ama a sus chicas, todavía ama más el dinero. Niña juega en el suelo de tierra, en el cuarto de atrás, con un palo al que llama su hermana, hasta que se despierta un día y abandona a su hermana palo en el suelo. Niña ve cómo las putas son todo menos putas hasta que cae la noche. Y entretanto, la señorita Azora la vigila a ella. Y le dice a Niña: Has crecido a lo largo de los años, pero sigues teniendo una expresión demasiado dura, como si solo pudieras ver a gente que te ha hecho mal, y tienes la barbilla demasiado afilada, y los ojos demasiado hundidos, y la nariz demasiado grande, y las tetas demasiado pequeñas, y las piernas demasiado largas, y las manos demasiado hábiles, y la lengua demasiado rápida. Luego le tira a Niña del vestido hasta pasárselo por encima de la cabeza. Niña se estremece, porque, en los años que lleva cubriéndose en una casa donde las mujeres nunca cubren nada, ha aprendido a sentir vergüenza. Quí-

tate esa mierda de la cabeza, le dice la señorita Azora mientras la examina. La vergüenza no se puede ni comprar ni vender. También te ha cambiado el koo, le dice; dile a Dinti que te traiga unos paños.

—Pronto llegará la luna a coger lo que quiere de ti —le dice.

—Y después llegarán los hombres —dice Dinti, soltando una risilla.

Las palabras de la señorita Azora se hacen realidad poco después, y la primera vez hace que a Niña le duelan los pezones, que se le infle la panza, que le duela la cabeza y que se pase tres noches dejando restos de sangre allí donde se sienta. El bajo vientre le da puñetazos desde dentro cuando le apetece, y el dolor le arranca ecos en la rabadilla y en los muslos. Niña no para de llorar. No he visto nunca a nadie a quien le venga tan fuerte, dice la señorita Azora, antes de que la metan en una bañera y le echen agua caliente sobre los hombros. La señorita Azora le acaricia la nuca con las dos manos y le canta hasta que se duerme. No te desesperes, Niña, ahora eres una mujer.

Media luna más tarde, la señorita Azora la traslada al cuarto más pequeño de la casa, el que llaman *el Armario*. Es su primera cama, una gruesa sábana rellena de plumas, y en el rincón hay una palangana y una jarra de agua que no es para beber. La misma noche, una de las diez mujeres se le mete en la cama desde la ventana de encima. Soy yo, Yanya, dice. La mujer la mira, suelta un suspiro largo y estridente y le dice: No confundas lo que está haciendo Azora con caridad. Solo te está preparando para que seas el próximo lirio prohibido. Los lirios prohibidos son para los hombres con necesidades peculiares, aunque ellos mismos no tienen nada de peculiar, más que una bolsa llena de dinero. La clase de hombre que ve a las amiguitas con las que juega su hija y apenas puede controlar la lujuria de agarrar a una y llevársela a rastras al monte. Pero primero te va a vigilar, te va a ver crecer un poco y engordar una pizca más.

Y luego hará lo siguiente. Una noche te mandará a un hombre sin avisarte. Lo prefiere así, prefiere soltártelos encima y luego explicarte que, si no te acostumbras, siempre puedes marcharte. Eso va a hacer, porque nos lo ha hecho a todas. Pero esto es lo que puedes hacer tú, le dice Yanya, aunque no cuenta nada de lo que le pasó al último lirio prohibido. Lo que hace es darle una bolsita a Niña y decirle: Mezcla en un cuenco solo la punta de un dedo de esto y asegúrate de que el hombre se lo beba.

Los cuatro primeros hombres dejan una bolsa bien llena, le dedican a la señorita Azora una sonrisa de oreja a oreja y le cuentan que yacer con esa es como yacer en una nube. Pero la nube no la tiene entre las piernas, sino en la almohada sobre la que se quedan dormidos todos los hombres sin excepción. El quinto hombre, en cambio, la viola durante todo el tiempo que tarda ella en tararear dos canciones en su cabeza antes de beber. Los hombres siempre se despiertan agotados y orgullosos, pensando que seguramente le han dejado dentro un par de gemelos bastardos. Pero después del quinto hombre, ella se dedica a robarles.

Se le está llenando la bolsa. Oro, plata, hierro, conchas de cauri y lingotes. Y pendientes, aros para la nariz, anillos, collares, nueces de cola, bayas milagrosas, talismanes, amuletos, un corazón disecado, huesos de animales, piezas de bawo, piedras de jade, fetiches de madera, caolín y una figurita tallada en ónice. El hombre le cuenta a su mujer que el objeto en cuestión se le debe de haber caído en el camino, en el río, que se ha perdido en el mar o que se lo han robado de la ropa. Es mucho más fácil renunciar a esas cosas, por mucho que sepan quién se las ha robado, porque lo único peor que decir que han perdido algo valioso es explicar cómo se puede recuperar. Aun así, siguen viniendo y preguntando por la chica que tiene la nube entre las piernas. Azora se huele que pasa algo raro, porque la chica no tiene nada capaz de obnubilar a un hombre, pero no puede quejarse del dinero que le entra.

Sucedan entonces ciertas cosas. Es Maganatti Jarra, la vigésima noche de la luna Cikawa. Los hombres hacen lo que creen que deben y las mujeres lo que pueden. Y en casa de la señorita Azora, la dueña maldice la escasez de clientes. La mayoría de las mujeres están en el salón donde la señorita Azora da la bienvenida a los hombres y salda las cuentas. Yanya y otra mujer, sentadas una frente a otra; dos mujeres de pie junto a la ventana de la derecha y Niña sentada en el suelo de la otra punta de la sala, allí donde no llega la mano de la señorita Azora para abofetearla. En cuanto a esta, no puede parar de caminar de un lado a otro por la sala mientras suelta improperios. Es la superstición sobre el cielo nocturno, dice una de las mujeres, pero eso no gusta a la señorita Azora. Se ha empezado a preguntar si acaso no correrá algún rumor nuevo sobre su casa, un rumor más poderoso que todos los anteriores, que nunca detuvieron a ningún hombre, solo hicieron sentirse mejor a sus mujeres. ¿Acaso se dice por ahí que volvemos a tener alguna enfermedad femenina asquerosa? Lo pregunta, pero nadie le puede contestar, porque ninguna de esas mujeres frecuenta la compañía de otras mujeres que no sean ellas mismas. Si el hombre no va al koo, entonces el koo debe ir al hombre, dice la señorita Azora, y le ordena a Yanya que salga a la calle y se baje el vestido para que todos los hombres que pasen puedan verle los pechos.

—¿Por qué yo, señorita Azora?

—¿Por qué crees, chica? Pues porque Dinti tiene las tetas más caídas que una cabra y porque no pienso decirlo dos veces, anda. Ya puedes ir...

Y entonces sucede, despacio pero deprisa. Un dedo largo y negro le rodea el cuello a la señorita Azora, luego dos, luego tres y por fin cuatro. Antes de que ninguna de las mujeres pueda chillar, la mano agarra a la señorita Azora, la levanta del suelo y la arroja contra la pared del otro lado de la sala. Y allí se queda tirada en el suelo, quieta. Las mujeres chillan y corren.

Nadie lo ha oído venir y nadie lo ha oído tampoco. En cuanto da dos pasos, ya se ve que es macho, y sus bramidos son tan fuertes que a algunas mujeres les sangran los oídos. Parece que tuviera que moverse despacio, pero en un abrir y cerrar de ojos agarra a otra mujer que intentaba escapar y también la lanza por los aires. Suelta un bramido y aplasta una silla. Él, esa cosa. Es tan alto que la cabeza le roza el techo; tiene una mano flaca y de aspecto débil, mientras que la otra es tan gruesa como el cuerpo y le toca el suelo. Las piernas largas como árboles, aunque una más corta que la otra. Se mueve y trepa como una araña, aplastando mesas, urnas y jarrones con las cachetadas de su mano enorme y arrojando todo lo que puede agarrar con sus largos dedos. Luego ve a la niña y suelta otro bramido. Va directo hacia ella. Ella sube deprisa la escalera de mano —nunca ha subido nada tan deprisa— y corre a su habitación. El estruendo de cosas rotas, los chillidos y los bramidos se acercan hasta que la puertecita es arrancada brutalmente. La bestia sigue aullando. La niña tiembla tanto que cada uno de sus temblores esparce lágrimas.

—Da gracias a los dioses por no ser un ladrón niño, o ahora estaría llamando a diez hombres para que te sacaran al Ukundunka del ojete —dice una mujer.

Es una mujer con apariencia de gran nobleza e importancia. Tiene fruncidos los labios oscuros y la nariz ancha, y encima de sus cejas crispadas hay un dibujo de puntos blancos que le baja por la mejilla izquierda. En la cabeza lleva un ighiya con pinta de flor blanca y negra, y sobre los hombros, una manta basotho larga y blanca con el dibujo en negro de un guerrero armado con lanza y escudo. Es alta y ancha, aunque no gorda. Tiene pinta de que le caben dentro todos sus hijos a la vez. Las mejillas de una mujer que se ríe sin previo aviso y sin necesidad de broma. La niña sigue temblando. El Ukundunka araña las sábanas de su cama, como si estuviera intentando atraerla hacia sí.

—¿Dónde está, niña?

A la niña no le salen las palabras.

—¿Dónde... dónde... dónde...? —dice.

—El talismán, boba. Mi figurita de ónice.

El Ukundunka inclina la cabeza hacia ella. Una cabeza larga de caballo, mirada de lobo y dientes de cocodrilo. Y un aliento que la niña no se cree.

—Son una misma cosa, ¿lo entiendes? El Ukundunka y el talismán son una misma cosa. Te voy a contar una historia. Un día, cuando ya llevábamos tiempo casados, le dije a mi marido: Querido marido, todo el mundo sabe que eres un hombre importante. Todo el mundo sabe que es por asuntos importantes que vuelves tarde a casa por las noches. Los dioses saben que me preocupo. Me preocupo tanto que le he pedido a un hechicero que está cerca en espíritu de los dioses que me fabrique algo para mantener a salvo a mi marido. Sí, marido. Lleva siempre este talismán y el Ukundunka te protegerá. ¡Un hombre tan importante como tú, que tiene enemigos en todas partes, caramba, podrías acabar en una zanja! Así que cada noche, si le doy la vuelta más de cinco veces al reloj de arena y sigue sin haber ni rastro de mi marido, mando al Ukundunka para que busque el talismán. ¿Lo entiendes? Y, ay, una noche no solo llega tarde a casa, sino que llega a casa sin él. Lo he perdido, me cuenta. Y me dice que no me molestes en buscarlo porque no sabe adónde ha ido a parar. Le digo: No te preocupes, marido, yo lo encuentro enseguida y me hago cargo de quien te lo quitó. Y ahora míralo, colgando en el pecho de una puta.

—No soy puta.

—Estás en una casa de putas. No parece que seas monja.

—No soy puta.

—Cocinera no eres.

—Que no soy puta, digo.

—¿Pues por qué huele a hombres esta habitación?

La niña no tiene respuesta. Podría haber dicho que sí, que la habitación apestaba a hombre, pero que aquella peste no estaba en ella. Pero si menciona la droga adormidera, eso hará que se entere la señorita Azora. La mujer noble la mira fijamente, examinándola.

—Quizá puedas darle un hijo. Te aseguro que yo no quiero esa carga, y menos con él. Ja, vaya susto te ha quedado en la cara. Realmente eres una criatura.

—Nunca hago de puta. Con ninguno de ellos.

—Nunca, ¿eh?

—Les robo.

A la niña le inquieta más la mirada de la mujer que el gruñido del Ukundunka. Pero luego el ceño fruncido de la mujer se convierte en una sonrisa.

—¿Oro? ¿Cauri? ¿Billetes? Háblame, niña.

La niña vuelve a no poder hacer nada más que mirarla. Se pregunta si será eso lo que hacen las mujeres adultas: desvelar y desvelar, sorprender y sorprender, hasta que lo único que se puede esperar de ella es asombro.

—Les quito todo lo que tengan que no les deba quedar colgando. Y me lo quedo, porque la señorita Azora no nos da nada.

—¿Nada de nada? ¿Ni la ropa?

—La compramos. Ya he dicho que no nos da nada. Solo una cosa. A todas nos da una violación la primera vez que nos vende, y le cobra el triple al hombre. Así que les mezclo una poción y luego les robo.

—Ja. O sea que ellos no te quitan nada y tú les quitas mucho. Estás en la casa incorrecta, niña.

—No pienso cambiar a una persona que me utiliza por otra.

—¿Quién ha dicho que tengas utilidad?

Esa noche la niña se marcha con la mujer noble. La señorita Azora no dice nada. Ni siquiera se mueve del sitio al que la

ha arrojado el Ukundunka, así que quién sabe cuál será su destino. La mujer noble le pregunta a la niña cómo se llama.

—No tengo nombre.

—¿Qué? ¿Y cómo te llama la gente?

—Pequeñaja, mierdecilla, niña, puta, chica, lirio prohibido.

—Basta. Elige un nombre y así te llamaremos.

—A mi madre la llamo Sogolon.

Veo a la niña tomar el nombre de su madre muerta, hace ciento setenta y siete años. Ciento setenta y siete vueltas de la gran calabaza del mundo alrededor del sol.

Sogolon.